

mos de Cherta en muy poco tiempo despues de haber refrescado en un jardin levantado en el murallon que divide el rio del canal de alimentacion, jardin adornado de adelfas y otras flores, de bancos de verde césped, de surtidores que levantaban á los aires sus líquidas perlas y daban al oido gran música. Al volver de Cherta dejamos á nuestros compañeros de expedicion con grave sentimiento. Ya sabe usted que los españoles, de antiguo, al viajar formamos siempre grandes y duraderas amistades.

Los señores Arce, Rodriguez, Navarro, Vildósola, Lafuente, Alcázar, Anduaga, Salgado y yo, formamos la primer expedicion de regreso á la córte. A la luz del crepúsculo, en una hermosa tarde, claro el cielo y fresco el aire, fuimos por el Ebro á Amposta, ora dando un adios á los sitios que dejábamos, ora departiendo sobre ideas políticas, filosóficas y literarias, hasta que llegamos á Amposta. Iba á despedirme ya de V. Pero consagraré á Valencia la última de mis cartas.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

—

V

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Con dolor en el corazon me despedí de los hermosos sitios que habia visitado, quedando como testimonio del placer que recorriéndolos he sentido, su imágen fielmente en la memoria. La hermosa tarde en que salimos de Tortosa, fresca y poética, al apacible murmullo del rio, los varios giros de las mansas áuras, las primeras estrellas, que como ángeles perdidos en el espacio aparecian dudosas entre los celestes arreboles del firmamento, la barca que se deslizaba tarda como si quisiera detenernos en aquellos lugares, la conversacion de nuestros amigos, todo cuanto oíamos y veíamos, todo inspiraba dulce tristeza.

Yo gusto más de la tristeza pura, dulce, poética, tristeza que nos acuerda nuestro origen; gusto más del dolor melancólico y sereno que de todas las locas alegrías de la tierra. La naturaleza tiene cuadros y tiene instantes en que parece un pensamiento vivo, en que no sólo convida á orar, á sentir, sinó que con sus ruidos parece como que ora y siente con nosotros; sí, con el hombre, que es el alma de todos sus fenómenos, su corona, la cúspide; con el hombre que ostenta en su frente el sagrado fuego que también contribuye á dar vida y colores á la naturaleza, el inmortal espíritu.

Así es que si alguna vez vuelvo á pasar por los deliciosos sitios de que voy hablando, recordaré todas sus hermosuras naturales, que no habrán cambiado; pero lo que más me encantará será ver aún volando como nubes de blancas mariposas por los rientes campos y las poéticas orillas del Ebro, los pensamientos que despidieron en aquella tarde las inteligencias de mis queridos amigos. Vino la noche y llegamos á Amposta.

Dejamos la barca y convertimos tristemente los ojos al Ebro. No lo habíamos de volver á ver. Yo, que tengo un amor pátrio sin límites, que respeto y acato nuestra gran historia como

acaso no la respeten los que sólo ven la felicidad en la imposible resurrección de tiempos que fueron grandes porque realizaron la idea que les había encomendado la Providencia; yo levanté mi alma á Dios para pedirle que tornaran á lucir días de gloria en esta nación hoy sin ventura.

Nos detuvimos poco espacio en Amposta. No olvidaré que á pesar de ser tan breve nuestra estancia en ella, vinieron á verme muchos amigos que me regalaron ricas botellas de vino del país, de ese vino sobrado de espíritu como los hijos de Cataluña, que según decía Melo «estiman mucho su honor y su palabra, no ménos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de la libertad.»

A poco tiempo de haber entrado en la diligencia nos dormimos después de haber oído algunos *sucedidos*, sazonados con gracia *que se desca*, permítame V. el adjetivo, por nuestro ingenioso compañero Arce. La mayor parte del territorio que á nuestra ida pasamos de día, lo pasábamos á nuestro regreso de noche. Pero antes de Castellón nos sorprendió el alba y nos apercebimos á ver todos los panoramas que ofrece á esta riquísima y pródiga naturaleza.

No puedo olvidar Villa-Real. Es hermosísi-

mo. Sus campos llenos están de naranjales. Eterna verdura les rodea. Las palmeras diseminadas, levantándose sobre las barracas le dan un hermoso tinte oriental. No léjos se descubre como una gasa celeste el mar. Y si como dice Cervantes, es verdad que las estrellas y el sol se mantienen de las aguas acá abajo, el Mediterráneo presta luz más clara y esplendor más nuevo á todos sus horizontes.

En estos pueblos lo que más divierte y encanta la vista es descubrir desde léjos en medio de la muchedumbre y espesura de las hojas de la enramada, que todo lo tapan con su sombra y todo lo alegran con su perfume, los campanarios, las cúpulas de las iglesias cubiertas no de sombrías y aplomadas pizarras, sinó de doradas tejas, en que reverberan como en una gran plancha de rico metal los brillantes rayos del sol.

Sin embargo, preciso es confesar que al mediar el día, á pesar de tantas delicias, cayó sobre nosotros un calor sofocante que nos ahogaba. Sin duda, el haberse alejado mucho el camino del mar, era parte á que no llegaran á nosotros las marinas brisas que en lo más recio de un día estival mitigan el calor y devuelven sus fuerzas.

Agoviados por el peso de este calor llegamos á Murviedro. Aunque algo perezosa mi imaginación, recordó la gran tragedia representada en estos deliciosos campos. Siempre que pisamos tierra española, pisamos las cenizas de héroes y mártires de nuestra independencia. Aquí los héroes saguntinos abandonados de Roma, sin más auxilio que su patriotismo y su valor, desafiaron al terrible león de Cartago, al guerrero Anibal; y cuando vieron caer las torres y murallas de la ciudad natal, se inmolaron con sus propias manos en aras de la pátria, dejando en despojo al orgullo vencedor, calcinados huesos y montones de frias y apagadas cenizas. En esta tierra se planteó otra vez el gran problema de las dos civilizaciones antitéticas en que se han dividido los dominios de la historia. De aquí salió aquella gran guerra que derramó negro ruido en el ánimo de Roma, que destruyó sus hazes, que puso casi sobre la cerviz de la ciudad eterna la planta del fuerte Anibal, el cual miraba anhelante su hermosa empresa, deseoso de dar al viento sus cenizas; guerra sangrienta que concluyó no dejando en Cartago, que habia sacrificado á nuestro inmortal Sagunto, ¡justo castigo de su crimen! piedra sobre piedra. Y así los campos de Murviedro y

su despedazado circo, y sus ruinas, cuentan á la imaginacion la causa ocasional de la guerra más fecunda en grandes consecuencias que acaso registra en su análisis toda la historia antigua. Por Sagunto, Roma destruyó á Cartago, y desembarazada de Cartago, sojuzgó Roma toda la tierra.

Y conforme íbamos haciendo todas estas reflexiones nos acercábamos á Valencia. No conozco en España ciudad que se anuncie al viajero con animacion mayor. Mucho ántes de llegar á sus arrabales comienza una verdadera poblacion, infinitos pueblos, paradores, casas de campo, barracas, antiguos conventos, iglesias con hermosos campanarios, de suerte que el camino parece la calle de una gran ciudad interrumpida sólo por huertas y jardines.

Siento mucho no poder hablar á V. de los monumentos de Valencia, como lo hice, aunque á decir verdad bastante mal, cuando fuí á Toledo. Pero mi viaje á Toledo fué consagrado al arte, y este viaje lo he consagrado á la naturaleza. Así, me faltó tiempo en Valencia, si no para ver, para estudiar sus monumentos, y apenas pude dar á V. de ello una idea. A lo léjos descubria encantado las muchas torres de la hermosa ciudad.

Pero confieso que llamaba más mi atencion el camino. Me gusta todo en esta tierra de bendicion. Son hermosísimas sus mujeres, deleitosos sus campos, blancos y animados sus pueblos; y porque todo me gusta, me gusta hasta el lenguaje. Se lo confieso á V., me gusta mucho, muchísimo el habla valenciana. Tal vez sean preocupaciones de la infancia; tal vez, porque desde niño lo he oido en lábios de seres amados, tal vez por estas razones me gusta esa lengua.

Pero cuando entrado en edad de estudiar, he leído algunos de los poetas que han cantado en estas lenguas de las orillas del Mediterráneo, en catalan, en valenciano, en mallorquin, en provenzal, en italiano antiguo, he comprendido la hermosura de esta habla. Todas las lenguas que anteriormente he mencionado se parecen, son lenguas de la Edad media, formadas por el antiguo comercio de estos pueblos, son la lengua del Mediterráneo. Así se entendia el marinero catalan con el marinero provenzal y el marinero provenzal con el marinero italiano, cuando iban juntos á la conquista de Almeria. Así gritaban unas mismas palabras y se daban una misma voz, cuando juntos enrojecieron las ondas del Mediterráneo con sangre de piratas africanos.

Todas estas lenguas, créalo V., se parecen muchísimo. La Provenza levantada en el centro dirigió los rayos de su poesía á Italia y á Cataluña y Valencia. En Italia recogió esos rayos el Dante y los forjó como Prometeo, é hizo con ellos y con su propio génio el sol de la poesía italiana. En Cataluña la poesía provenzal tomó el sello de toda la poesía española, cuando los reyes de Aragon y especialmente D. Jaime, emplearon todas las fuerzas de aquella su portentosa monarquía contra los árabes. ¡Qué bellos cantos y qué bellos libros hay escritos en estas lenguas lemosinas! Las poesías de Ausiar March, de Giordi y Fabre, compiten por su dulzura con los lamentos de Petrarca. Yo no conozco nada más bello en prosa del siglo trece que las memorias de D. Jaime I; el candor que en ellas se respira, la dulzura del alma del guerrero que destilan todas sus páginas. Recuerdo que hablando del sitio de Valencia describe el rey una golondrina que habia hecho su nido como buscando instintivamente todo lo sagrado en la cúspide misma de su tienda de campaña. Las palabras de aquel rey tan valeroso, tan guerrero, tan grande, que emplea para describir este cuadro, son tan dulces como el piar de los hijuelos de la poética golondrina.

Esas lenguas de orillas del Mediterráneo tienen una gran literatura, son guerreras como el lenguaje de Muntaner, y dulces como los quejidos de Ausiar March.

Veo que no pierdo la manía de las digresiones. Entramos en Valencia por la antigua puerta de Serranos y llegamos á la fonda; sin descansar, nos dirigimos ¿á dónde? al Grao. Las calles de Valencia son estrechas, pero alegres. ¡Tiene esta ciudad un cielo tan hermoso! Bien es verdad que yo no he menester encarecer á usted las hermosuras de estos campos y de este cielo. Hace dos ó tres años que V. fué á Valencia y todos los dias recuerda sus delicias, á pesar de haber nacido en la oriental Andalucía. Al ir al Grao pasamos por la *glorieta*, especie de jardin, cuyo principal adorno consiste en la belleza de los árboles meridionales que en él crecen y en la belleza aún mayor de las valencianas que por él discurren. Recuerdo que Figaro decia que le era imposible vivir en el extranjero, porque no podia pasar sin ver un pié andaluz, una mantilla madrileña y una palidez valenciana.

El camino del Grao se halla cubierto de hermosos y espesos árboles, que entrelazando sus ramas prestan gratisima sombra y refrescan el

ambiente. Encuentro sin embargo el aire de Valencia demasiado húmedo, y de tal suerte, que á ciertas horas del día parece que está un metido en un baño. ¡Qué animacion ofrece el camino del Grao! No he visto nunca en los alrededores de Madrid tanta gente.

Fuimos en tartana. Yo creia que el ferro-carril habria acabado con esta industria de las tartanas. Me engañé. No podíamos dar un paso sin tropezar con una llena de gente, que iba rebotando olímpica alegría. No sé qué autor católico ha dicho que el cristianismo no habia podido arrancar la gran luz que tiene la religion pagana en los pueblos meridionales; la alegría de su carácter y de sus campos.

El Grao es hermoso. A la derecha desemboca el ferro-carril, á la izquierda está el canal con sus casas parecidas á blancas palomas, al frente el azulado mar sembrado de botecillos que llevan y traen gentes, y por todos lados se ven levantar florestas, y de todas partes se descubre ese cielo centelleando eterna alegría.

Contemplamos el mar como si nunca lo hubiéramos visto. Miramos tambien los grandes tesoros que Valencia derrama para tener un seguro puerto. Y cuando ya habia caido la noche nos volvimos por el ferro-carril á la ciu-

dad. Como habia yo visto tanta gente en el antiguo camino del Grao creí que el tren estaria desierto. Pues admírese V., no cabia en sus espaciosos y magníficos coches la inmensa muchedumbre que los asaltaba.

Al día siguiente, al anocheecer, ya estábamos otra vez en el Grao. El ingeniero que dirige las obras ofreció á mi amigo Rodriguez su hermosa falúa. Fuimos en ella á dar un paseo. El sol naciente doraba las aguas y desvanecia las nieblas, que daban con blanco mate al paisaje una vaguedad infinita cubriéndolo en indecisos pliegues; el mar, como un espejo terso y claro apenas se movia, y á nuestro alrededor alzaban sus altos mástiles innumerables barcos, lanzaban nubes de humo los vapores anclados en el puerto, y en lontananza descubríamos la ancha playa abierta, ostentando la hermosa verdura de sus campos y los campanarios de la ciudad y los pueblos, engarzados todos en la naturaleza.

Siempre conservaré en mi memoria el dulce recuerdo de esta hermosa mañana en que dimos el último adios al mar.

Encaminamos despues nuestros pasos á la catedral. Está cubierta de mármoles y jaspes hermosísimos, tiene una bella cúpula, es riquísi-

ma en pinturas y entre ellas son notables un Salvador de Juan de Juanes que parece la encarnación del misticismo, y el célebre cuadro del Prado; conserva recuerdos de los reyes de Aragón, despojos de los instrumentos guerreros del sábio Alonso V, y es alegre como Valencia. Pero no habla á mi imaginación como las galerías góticas, Ya en la iglesia, hubimos de subir al Miguelete. Desde allí se vé la ciudad y su huerta á vista de pájaro. El alma se cierne como el águila sobre aquel gran océano de vida; allí parece la huerta una ciudad inmensa, encantada, ceñida de jardines, cubierta de guirnaldas de flores, cerrada de un lado por algunas colinas y de otro por la celeste superficie del mar. Es un panorama hermosísimo, como quizá no haya otro en España.

En seguida nos encaminamos al mercado, que es indudablemente uno de los mejores sitios de Valencia. Entré en la gótica lonja de sedas y me quedé maravillado, no sólo de la belleza del edificio sinó del poder de los gremios. No puedo ménos de rendir un recuerdo á la institucion que preparó la emancipación y la libertad de la industria, bien que más tarde, como institucion que ha cumplido su destino, se convirtió en instrumento de tiranía. Vimos en el

corto espacio de un día tanto, que alargaría demasiado los límites de mi carta si hubiese de contar á V. mis paseos por las tortuosas calles de Valencia. El calor apretaba, y para contrarstarlo un poco bebimos á la sombra de una tienda de campaña, un vaso de horchata de chufas.

Segun me dijo mi compañero de viaje, Rivera, Teófilo Gauthier llama á la horchata de chufas tomada en Valencia y servida por una hermosa valenciana de grandes zarcillos y agujas de esmeraldas, pálida y de ojos negros, á esa horchata de chufas bebida á la vista de este cielo, á la luz y calor de este sol, el suave y delicioso néctar de los antiguos dioses; de suerte que ya sabe V. que Gaminde, Hebe y Vulcano tenían el oficio de horchateros allá en el olimpico griego.

Pero ¿y la ambrosía? ¡Oh! La ambrosía es el arroz. Oigame V. atento. No sé si V. conoce á mi amigo Martínez. Es un artesano honradísimo, muy amante de sus amigos, muy leal, muy bueno. Pues su sobrino y él me prepararon una paella valenciana, que no había más que pedir.

Si V. lo duda, pregúnteselo al director de *El Católico*, que nos honró con su presencia.

Veíanse en la mesa grandes botellas de agua de nieve y de rico vino de Benicarló, sonrosadas manzanas, aromáticas naranjas, ciruelas de varias formas y colores, moradas brevas, uvas transparentes y claras como granos de ámbar y otras frutas que no es posible recordar y qué daban gran contentamiento á la vista y gran placer al olfato.

Humeante vimos salir la paella, llena de pedazos de gallina, de caracoles, de pescado del Mediterráneo, anguilas de la Albufera, formando todos estos manjares tan delicioso conjunto que parece el arroz hecho para ellos y ellos hechos para el arroz. Pero habia algo más delicioso que la paella, y era la franqueza, la amabilidad de nuestros amigos. A estos corazones, querido amigo mio, no ha llegado la polilla de la córte. Ellos cuando siguen una causa, la siguen porque la creen buena. No son como los mercaderes políticos, que sólo piensan en el dia del triunfo, no por interés de la verdad sinó por interés de sus destinos. No se alistan en las banderas de un partido abanzado para ganar popularidad y despues venderse ingeniosamente al poder, no; aman la verdad porque la creen verdad, y siguen el bien, porque lo creen bien. Al irme de Valencia sentia dejar la ciudad, sus

campos, su mar; pero sobre todo sentia dejar á aquellos amigos de un dia, muchos de ellos de una hora, y que sin embargo me habian abierto sus corazones y me habian mostrado toda la claridad de sus almas.

Me dirigí al ferro-carril entristecido. Mi viaje habia sido uno série de emociones nuevas, pero tambien una série de tristes despedidas. Huia de mis ojos el mar, y de mi frente las últimas caricias de sus brisas. Los naranjales se perdian como una hermosa ilusion. La Albufera, ese celeste lago, me enviaba sus últimos reflejos, que yo recogia entusiasmado en mi retina. Las palmeras ocultaban sus verdes coronas en los pliegues del horizonte. Todo iba dejando su imágen grabada en mi memoria.

Pero mi mayor sentimiento fué el despedirme de mis compañeros de viaje en Madrid, como hoy me despido de V. alabando su magnanimidad, que ha tenido á bien leer hasta el fin estas mis desaliñadas cartas.

De V. siempre amigo, etc.